

El Romancero nacional

Guillermo Prieto

Épica de la Independencia: *El Romancero nacional* de Guillermo Prieto

Excitar el amor a la patria y la veneración de nuestros héroes; reivindicar su memoria, contemplada hasta ahora al través del fanatismo, de las preocupaciones de una educación servil y de los intereses creados por las clases privilegiadas; vulgarizar y robustecer los sentimientos de independencia y fe en el pueblo; tales fueron los móviles y las aspiraciones que tuvo mi corazón al emprender este romancero, que después de laboriosísimo trabajo ve ahora la luz pública.

El 31 de diciembre de 1885 Guillermo Prieto escribe el párrafo anterior con el que comienzan “Dos palabras del autor del Romancero”, y que, a manera de apéndice de la obra, explica los motivos del poeta para escribir romances históricos, y lo confirman como el cantor de la patria.

Cuando Prieto publica su *Romancero nacional* lo hace con la venia de Ignacio Manuel Altamirano, que le dedica un extenso prólogo. El maestro Altamirano se entusiasma y reflexiona sobre la poesía patriótica y acusa la necesidad de contar con una epopeya nacional. Descubre que, para entonces, la mayor parte de la producción editorial era religiosa, que le seguía la de libros de derecho y legislación, algunos de versos y de ciencias; observa que el mexicano es, primero, devoto, luego legista, poeta y, si acaso y en último lugar, científico. En lo que toca al campo literario propiamente dicho, advierte que predominan las obras de historia, algunas de biografía, otras tantas de costumbres, buenas novelas y otras manifestaciones literarias no muy interesantes. Añade, en este repaso, que, en términos de poesía, los géneros y asuntos que se prefieren son, más o menos en este orden: la poesía amorosa, la religiosa, la de los placeres de la amistad, la sátira y el epigrama, de modo

que Altamirano encuentra que no se ha dicho lo suficiente o lo necesario sobre la patria, y se pregunta si en verdad los mexicanos no tienen “la cabeza épica”. Ante tales cuestionamientos recae en la discusión sobre la literatura mexicana y vuelve a la ya vieja pregunta de si esa literatura, entonces con la etiqueta de nacional, debía diferenciarse radicalmente de la literatura española.

En la segunda parte del prólogo analiza y compara la producción que había tenido lugar en nuestro país después de la Independencia porque, al plantearse la posible epopeya popular de la Conquista española, menciona autores y obras que narran los conflictos de aquellos tiempos. Esta parte resulta particularmente interesante para conocer las opiniones de Altamirano ahora que se han conmemorado los 500 años de los episodios o sucesos de la Conquista, toda vez que el crítico se extiende en la segunda parte de su estudio para demostrar o preguntarse por qué no había habido una reacción poética a favor de los héroes de 1810, después de la caída de Agustín de Iturbide. A pesar de que encuentra algunos ejemplos y compara lo que pasaba en nuestro país con otras latitudes del continente, analiza algunos motivos históricos y sociales, y concluye que, dadas las condiciones de inestabilidad política, era muy difícil contar con espacio para que los poetas distinguieran a los verdaderos héroes de la gesta independentista y sus hazañas. La guerra civil había impedido alcanzar un consenso para levantar el altar de la patria entre las facciones en pugna:

Después siguiéronse la guerra civil y los motines militares en todo su furor. Toda aquella soldadesca del ejército trigarante se había convertido en una turba de pretorianos que ambicionaban el poder, y que se desgarraban unos a otros para conseguirlo. Ya federalistas, centralistas o dictadores; unas veces pronunciados y otras gobernantes, aquellos brigadieres, coroneles, capitanes, y hasta sargentos, en unión de sus respectivos golillas y áulicos, mantuvieron al pueblo en perpetua agitación. Entonces pudo haber una epopeya colectiva, aunque disímbola y contradictoria, y la hubo en efecto, porque cada uno de esos matasietes tenía un enjambre de poetas adúladores a su servicio; pero

semejante epopeya, que no se proponía inmortalizar más que bellaquerías y miserias, además de ser ruin como obra de arte, es indigna de mención por vergonzosa.

Altamirano reconoce que Maximiliano fue quien tuvo la iniciativa, en 1864, de solemnizar el episodio de la noche del 15 de septiembre para recordarlo con el ritual del grito y haber promovido una galería de retratos de héroes de la patria; daba una lección a los gobiernos anteriores que, desde 1824 hasta 1863, no habían pensado ni logrado erigir estatuas a los padres de la patria y menos conservar sus retratos o rendirles honores en monumentos públicos. Apenas en aquellos años, la pluma de Guillermo Prieto había trazado algunos rasgos de los próceres en verso, recordaba los momentos históricos y utilizaba con acierto las expresiones patrióticas populares, y así se convertía en el cantor de la lucha en medio de los conflictos de la Reforma y de la Intervención.

Un pueblo debe tener memoria porque es una obligación cívica agradecer los esfuerzos y sacrificios de sus antepasados, por eso revisa la manera en la cual las naciones cultas han seguido el ejemplo de los pueblos antiguos, egipcios, griegos y romanos:

Los monumentos votivos, los templos, las inscripciones conmemorativas, las estatuas, los sarcófagos, las columnas, mantienen viva en las naciones la memoria de los grandes hombres y de los hechos gloriosos; con ellos la imaginación popular anima a la sombra de los héroes, y crea en torno suyo las leyendas; la juventud se familiariza con la historia, y la poesía en la epopeya hace del heroísmo el numen tutelar de la patria.

Llama la atención que Altamirano considere que Benito Juárez haya opacado en la memoria del pueblo a Miguel Hidalgo y José María Morelos, lo cual le parece evidente por los centenares de retratos del benemérito que se encuentran en las oficinas del gobierno y escuelas en todo el país. No duda de que Juárez lo merezca por ser la personificación de la defensa nacional, pero ya que la República le ha levantado monumentos, juzga oportuna la publicación

del *Romancero* pues “tiempo ha que debía haberlos consagrado a los héroes que con sacrificio de su vida la fundaron”.

De acuerdo con Altamirano, no había otro poeta más señalado que Fidel para hacerse cargo de la epopeya de la Independencia: “El viejo cantor de las glorias y de las esperanzas de México, el más popular y fecundo de nuestros poetas, Guillermo Prieto, ha coronado su vida literaria, reuniendo un en una colección de romances, todos los recuerdos históricos y tradicionales de la Independencia Nacional”, semejante a Píndaro, celebra la libertad y, como Homero, es el cantor de los héroes de la patria.

El Romancero nacional es una obra de madurez de uno de los liberales que creyeron en la misión de las letras patrias, que fundaron una retórica del civismo nacionalista en el que cabe la tradición religiosa católica que identifica los sentimientos populares, así como la preocupación democrática en cuya base está la gesta de la Independencia.

El Romancero le significó un enorme esfuerzo al poeta, un trabajo de documentación de las acciones de un gran número de personajes: da lugar a los virreyes Iturrigaray, Garibay, Venegas y O’Donojú, para enaltecer a Hidalgo, Josefa Ortiz de Domínguez, Morelos, Allende, Aldama, Rayón, Matamoros, Moreno, Mina, Guerrero e Iturbide; para mitificar a héroes de batalla como el niño artillero, el lego Gallaga, Mariano Jiménez, Francisco Ayala y Leona Vicario; y para despreciar a traidores como Elizondo y realistas como León, Calleja y Rosains, entre otros. *El Romancero* contiene cerca de 180 romances que permiten seguir la cronología de la gesta independentista; compuestos de julio de 1881 a diciembre de 1885, conforme las fechas registradas en el primero y último romance.

Comencé este trabajo ya viejo y muy enfermo. Fue al nacer mi Romancero, hijo de la soledad, de la pobreza y de íntimos dolores. Varias veces interrumpí mi obra, y hay muchos romances en mi manuscrito anotados así: No pude seguir, porque me ataca el cólico.- Este romance está escrito en medio de profundos dolores.- Escribo en la cama, boca

arriba y casi tullido... Y repito: no me era difícil componer; confieso sinceramente que mi dificultad consistía en escribir, borrando lo escrito espontáneamente para acomodarlo al lenguaje vulgar, y que la poesía resultara, no del engaste, sino del valor intrínseco de la joya. Al concluir, vi que podía haber mucho de cansado y de prosaico; pero todo claro, todo potable, como agua de fuente pública, al alcance del primero que pasa, y esto me satisfizo.

Prieto agradece el apoyo que le dieron Juan de Dios Peza, Vicente Riva Palacio, José María Iglesias, Francisco Sosa, Pedro Santacilia e Ignacio Manuel Altamirano al recibir con interés y afecto a la que considera su “párvulo”, “chico” y “pimpollo”; asimismo reconoce el interés del presidente Manuel González y de Joaquín Baranda, ministro de Justicia y “protector” suyo; hace constar la ayuda que le concedieron los generales Porfirio Díaz y Carlos Pacheco, que ocuparon la cartera de Fomento en ese cuatrienio, y al equipo encargado de la edición e impresión de la obra, formado por José Pruneda, Luis G. Rubín, Juan Bustamante y Carlos Pérez. Al final, el sentimental poeta espera el favor del público para no sufrir el desengaño cruel de la indiferencia, pues confiesa: “he vertido en mi Romancero lo que había de mejor y más puro en mi corazón de mexicano”. La lectura de la obra de Prieto exige una aproximación a la misión del escritor patriota, en donde acaso la vida y lucha cotidianas se aprecian mejor que la épica nacional, y así lo considera Vicente Quirarte:

En Prieto concluyen las diversas facetas de ese héroe laico y civil surgido tanto de la lucha militar y política como de la cruzada cultural para consolidar la victoria mediante la educación. Las medallas de Prieto eran numerosas y todas ganadas en buena lid: inmaculado de Paso del Norte, pero rebelde a otra autoridad que no fuera la de la Constitución por la que había luchado; el poeta de la calle y el romancero nacional, el fundador de la Academia de Letrán... La Musa callejera disputa terreno al Romancero nacional. La página autobiográfica supera al versificador épico. En la calle sucede todo, desde los meneos de la china poblana hasta la defensa de la ciudad trinchera por trinchera. Prieto se empeñó

en hacer el rescate de aquellos que no entraron en la ilustración nómina de la patria. Por eso es tan actual y tan eterno.

Miguel Ángel Castro

Instituto de Investigaciones Bibliográficas

Biblioteca Nacional de México / Hemeroteca Nacional de México

Bibliografía · mínima
IA Conquista
y la Consumación
Independencia
PATRIMONIO DOCUMENTAL EN LOS CENTENARIOS DEL 2021